

SANCTI ISIDORI HISPALENSIS EPISCOPI LIBER NUMERORUM QUI IN SANCTIS SCRIPTURIS OCCURRUNT. (C,S)

220 CAPÍTULO PRIMERO. Qué es el número.

1. No es superfluo atender a las causas de los números en las Sagradas Escrituras. Tienen, en efecto, una cierta doctrina de ciencia y muchos sacramentos místicos. Por lo tanto, ha parecido conveniente, como deseabas, indicar brevemente las reglas de ciertos números.
2. En primer lugar, se debe definir qué es el número. El número es la congregación de la unidad, o la multitud que progresa desde uno, cuya universalidad es infinita y no puede ser limitada por ninguna multitud.
3. El número par es aquel que puede dividirse en dos partes iguales; el impar, en cambio, es el que no puede dividirse en dos partes iguales, quedando uno en el medio, ya sea faltante o sobrante. El número paritario es aquel que se divide según un número paritario hasta llegar a la unidad indivisible, como por ejemplo, sesenta y cuatro. Tiene, en efecto, la mitad de treinta y dos; este, a su vez, dieciséis; dieciséis, a su vez, ocho; el octonario, a su vez, cuatro; el cuaternario, dos; el binario, uno, que es singular e indivisible.

CAPÍTULO II. De la unidad.

4. La unidad es la parte mínima de los números, que no puede ser dividida. Sin embargo, el uno mismo es la semilla de los números, no un número. De él, en efecto, los demás emanan o se procrean; y se constata que él solo es la medida, la causa de los incrementos y el estado de los decrementos. Pues todos los incrementos comienzan desde él y regresan nuevamente hasta su unidad.
5. Pues también después de diez, si no se comienza nuevamente desde uno, de ninguna manera se elevan los incrementos de los números. Él mismo también es indivisible, ni puede ser dividido en partes, porque en todas partes es parte, en todas partes es todo, a cuyo ejemplo uno es Dios, uno es el mediador entre Dios y los hombres, el Hombre Cristo Jesús. También el Paráclito Espíritu es uno; una es la Madre Iglesia, fecunda en sucesos de fecundidad, por cuya fórmula de unidad el ángel aquel en Ezequiel mide el umbral de la puerta de Jerusalén con un solo cálamo.
6. Pero también el arca de Noé se recoge en un solo codo; en el lado del arca también se hace una sola puerta. También hay un solo bautismo en la Iglesia; la fe es la misma, una sola. El mundo es también uno. La luz del sol que vemos es una. Esta unidad, sabiamente, los sabios de este mundo la han llamado concordia, o piedad, y amistad, porque está tan unida que no se divide en partes.
7. Así que, porque la unidad no admite división de sí misma, luego, cuando el uno se ha convertido en cualquier cosa, aunque su línea sea indivisible y se tenga sin una significación de latitud, sin embargo, unida, producirá el binario.

222 CAPÍTULO III. Del número binario.

8. El número binario es la primera creación de los números, y la primera forma, la corporación de la paridad, el movimiento primero, el compañero del precedente, y el hermano, es también capaz de mediación. Pues participa de lo bueno y lo malo con cierta discordia, por la cual se oponen mutuamente; como aquellas dos y puras que se introducen

figurativamente en el arca, que, aunque consisten en paridad, sin embargo, parecen estar místicas divididas en sí mismas.

9. A este género pertenecen también aquellos dos en el campo, que se distinguen mutuamente, porque, al llegar la tribulación del siglo, algunos de ellos pertenecen a la fe y son llamados nuevamente, pero algunos ceden a las tentaciones y son dejados en la profundidad. Además, concuerdan en buena parte ambos, según son los dos Testamentos de la ley y los Evangelios; son también dos tablas de piedra, en las cuales están escritos los preceptos de la ley, y tantas trompetas de plata de la ley y la gracia, en las cuales los padres tocaban para mover los campamentos.

10. También se escriben dos Serafines, que sentados ante el trono, irrumpen cantando himnos continuamente; también se leen dos olivos a la derecha e izquierda de la lámpara en Zacarías. Son también dos pechos de los Testamentos de la esposa, es decir, de la Iglesia en el Cantar de los Cantares; allí también se alimentan dos cervatillos gemelos entre los lirios del campo.

11. En el Apocalipsis también se ordena profetizar a dos testigos, y en Jeremías se toman dos de la parentela de la nación. En el Evangelio también se envían de dos en dos de los setenta discípulos ante el rostro de Cristo, y dos peces se dividen entre el pueblo en el desierto. Son también dos los preceptos de la caridad, de los cuales depende toda la ley y los profetas. De donde el mismo número es sociedad, por el vínculo del cual se conectan las almas, y que menos que entre dos no se tiene caridad. El mismo número también es de justicia, por el cual se goza igualmente de lo ponderado.

12. Además, son dos también las cosas que conducen al hombre a la vida bienaventurada, la fe, a saber, y la obra; pero la fe consta de la divinidad, la obra, sin embargo, en la rectitud de la vida; incluso se predicán en la Iglesia dos vidas, una temporal, en la cual vivimos por la fe, otra eterna, en la cual contemplaremos a Dios con plena inteligencia de la verdad.

CAPÍTULO IV. Del número ternario.

13. El ternario es el príncipe de los números impares, y un censo perfecto; pues este primero obtiene el inicio, el medio y el fin, y compone con igual derecho el centro de la mediación, el principio y el fin, que, aunque verdaderamente consta de tres, sin embargo, en algo es uno, porque tres son uno; uno, ciertamente, en la Divinidad, tres en la distinción de personas; en naturaleza uno, tres en apelación.

14. Con razón, pues, este número significa la especie de la Trinidad; por el mismo número en todo el orbe se predica la sacrosanta Trinidad y Divinidad, y por el mismo número el himno trisagio es cantado por los ángeles en los cielos. También el arca del diluvio se construye con tres cámaras, de los tres hijos de Noé se repueblan todas las naciones después del diluvio. Este número también multiplicado por diez concluye la altura del arca con razón mística, contado por cien efectúa su longitud; de cuyo número, en verdad, hay abundantes ejemplos en las sagradas escrituras.

15. Pues Abraham vio tres ángeles bajo la imagen de la Trinidad; Isaac cavó tres pozos; Jacob puso tres varas en las aguas para la vista de los rebaños; tres días llevó Jonás en el vientre del cetáceo; en tres días por la penitencia de los ninivitas el pueblo mitigó la ira de Dios. En el Evangelio, sin embargo, el Señor confió el talento a tres siervos. También superó la muerte de Lázaro después de tres días. La levadura del amor la mujer evangélica la escondió en tres medidas.

16. Dios oró tres veces para que pasara el cáliz de la pasión. Pedro negó a Cristo tres veces. El mismo amó confesando tres veces. Nuestro Señor Redentor reposó en el sepulcro tres días. Se mostró a sus discípulos por tercera vez cuando resucitó de entre los muertos. En tres también hay tres cosas que el Apóstol recomienda, en las cuales toda profecía consta, fe, esperanza y caridad. Tres son los frutos evangélicos, el primero, que es el ciento, de los mártires; el segundo, el sesenta, de las vírgenes; el tercero, el treinta, de los casados.

17. También hay tres cosas que no caen en Dios, medida, lugar y tiempo. Tres son las especies del alma, o movimientos, deseo, ira o razón. La lengua de la sagrada ley es triple, hebrea, griega y latina. También es triple el sentido de la inteligencia, histórico, moral y místico. De donde también los filósofos del mundo dijeron que hay tres partes de la sabiduría: física, que es natural; lógica, que es racional; ética, que es moral.

18. También hay tres géneros de sonidos entre los músicos, voz, soplo y pulsación: la voz en la garganta, el soplo en las flautas, la pulsación en las cítaras. Por otra parte, hay tres géneros de criaturas racionales, ángeles en el cielo, hombres en la tierra, espíritus inmundos. Hay tres tiempos entre estos en el mundo, antes de la ley, en la ley, bajo la gracia. También se tienen tres partes del orbe, Asia, Europa y Libia. También se distinguen las estaciones del año en tres meses, y toda acción se termina ante tres testigos.

CAPÍTULO V. Del número cuaternario.

19. ¿Qué diré del cuatro, en cuyo número hay una cierta perfección de solidez? Pues de la longitud, la latitud y la profundidad se compone la década, que lo hace completo; diez se integran a partir de cuatro números que surgen gradualmente. Uno, dos, tres y cuatro hacen diez. De manera similar, cien se acumulan a partir de la década cuaternaria, es decir, diez, veinte, treinta y cuarenta, que son cien. Asimismo, estos cuatro números hacen mil; es decir, C, CC, CCC, CCCC. Así se completan diez mil y los demás con el mismo incremento.

20. Este número cuadrado se atribuye a los cuatro evangelistas, que se han difundido en las cuatro partes o ángulos del mundo. Aunque también hay cuatro ríos del paraíso, que rodean todo el orbe. También el arca de Noé se construye con maderas cuadradas. El arca del Testamento se llevaba con cuatro aros de oro.

21. También la vestidura sacerdotal en la ley se teje con cuatro colores, es decir, azul, lino, escarlata y púrpura con oro. Además, los cuatro vientos de la tierra soplan en Ezequiel, para que en figura de la futura resurrección los huesos secos se levanten; y los mismos cuatro vientos del cielo, es decir, las potestades angélicas, en Daniel luchando, irrumpen en el gran mar de este siglo. El mismo Daniel expone los cuatro reinos del mundo bajo diversas figuras.

22. De manera similar, Zacarías describe cuatro cuernos de reinos y otros tantos artesanos, y cuatro carros del Evangelio enviados a los cuatro puntos cardinales del cielo. También en Juan se describen cuatro animales de rostro diferente, que con seis alas hacen el número de veinticuatro ancianos. En las criaturas de las cosas hay cuatro partes de la tierra, cuatro frentes del cielo, Oriente, Occidente, Septentrión y Mediodía.

23. También se tienen cuatro elementos del mundo, de los cuales subsisten todas las cosas, fuego, aire, agua y tierra. El año también se desarrolla en cuatro estaciones, verano, otoño, invierno y primavera. La misma naturaleza del hombre está compuesta de cuatro elementos, de calor y frío, humedad y sequedad. También se escriben cuatro virtudes del alma, justicia, prudencia, fortaleza y templanza; y tantas contrarias, codicia, miedo, dolor y alegría.

24. También hay cuatro etapas de la vida de las cosas mortales, inicio, aumento, estado y declinación. También hay cuatro géneros de animales en el mundo, es decir, celestiales, alados, acuáticos o terrestres. El arco iris celestial también se varía con un esplendor de cuatro colores. También se recoge la razón del bisiesto en cuatro cuadrantes.

CAPÍTULO VI. 226 Del número quinario.

25. Sigue el número quinario, que, ya sea con otros impares, ya sea con su propio género, siempre se muestra a sí mismo. Pues cinco por cinco hacen veinticinco, y cinco por tres quince, y cinco por siete treinta y cinco; y cinco por nueve cuarenta y cinco. Este número, además, se atribuye a la ley; pues la ley se comprende en cinco libros. De donde también al Apóstol le agrada hablar cinco palabras en la Iglesia.

26. Pero también el altar en la ley se construye en cuadrado con cinco codos; y tantas ciudades en Isaías hablan la lengua cananea. Son también cinco vírgenes prudentes en el Evangelio, y otras cinco insensatas. También se dividen cinco panes entre el pueblo. Además, cinco minas y cinco talentos. Asimismo, según los filósofos del mundo, las zonas de la tierra son cinco, y entre los latinos las vocales son cinco.

27. También hay cinco sentidos del cuerpo, vista, oído, olfato, gusto y tacto; y tantos géneros de habitantes del mundo, es decir, hombres, cuadrúpedos, reptiles, nadadores o voladores. Además, el lustro se termina en cinco años, y la olimpiada se concluye en cinco años.

CAPÍTULO VII. Del número senario.

28. El número senario es el primero y perfecto, y el primero que se completa con sus partes. Pues contiene dentro de sí la sexta parte, que es uno; la tercera, que es dos; y la mitad, que es tres; esta suma, en efecto, llevada a uno, es decir, uno, dos y tres hacen seis. Sin embargo, no se encuentra antes del senario quien se complete con sus partes cuando se divide, cuya perfección también se aclara en la misma obra del mundo.

29. Pues en seis días Dios completó sus obras. El primer día creó la luz, el segundo el firmamento, el tercero la apariencia del mar y la tierra, el cuarto las estrellas, el quinto los peces y las aves, el sexto al hombre y los animales. También hay seis días en los que se completa las edades del mundo, de las cuales la primera es desde Adán hasta Noé, la segunda desde aquí hasta Abraham, la tercera hasta David, la cuarta hasta la Transmigración, la quinta hasta la venida de Cristo, la sexta, que es la edad actual, hasta el fin del mundo.

30. También el año mismo se completa con el número senario; pues el número sesenta es la sexta parte de los días, cuya suma multiplicada por el senario del primer verso, es decir, seis veces sesenta, 360. Quedan cinco días, a los cuales si se añaden las partes cuadrantes, hacen todo el número senario. Siendo así que el mismo cuadrante consiste en estos.

31. El mismo número senario, asociado al cuadrado y al sólido cuaternario, mide las horas del día y de la noche. Pues cuatro veces seis hacen veinticuatro. Además, la perfección de este número se encuentra en las edades de los hombres y en los grados de las cosas. Pues el curso de los mortales se completa en seis edades, esto es, infancia, niñez, adolescencia, juventud, vejez, senectud. Seis son también los grados de todas las cosas, es decir, no vivientes, como las piedras; vivientes, como los árboles; sensibles, como los animales; racionales, como los hombres; inmortales, como los ángeles. El último y supremo grado es, que está sobre todo, Dios.

32. Asimismo, los oficios naturales, sin los cuales nada puede ser, son seis; es decir, magnitud, ojos, figura, intervalos, estado y movimiento. 228 Asimismo, las seis diferencias del movimiento son. Pues nos movemos hacia adelante, hacia atrás, a la derecha, a la izquierda, hacia arriba y hacia abajo. Hay también muchos ejemplos de este número en las sagradas escrituras. Pues el sexto día el hombre es formado a imagen de Dios, y en la sexta edad del mundo el Salvador vino en carne, y se ordenó al pueblo recoger maná en el desierto durante seis días.

33. De aquí también Ezequiel narra que vio en la mano derecha del hombre un cálamo de seis codos. Él mismo escribió que las frentes del templo tenían seis codos de altura. El mismo mandó ofrecer al príncipe seis corderos en holocausto. En el Evangelio también Cristo convirtió en sabor de vino seis tinajas llenas de agua. Seis días antes de la Pasión, el mismo, entrando en Jerusalén, se sentó sobre un asno. Hay también muchas otras cosas, pero se omiten por el fastidio de la lectura.

CAPÍTULO VIII. Del número septenario.

34. El número septenario no nace de ninguno, ni genera, ni es generado. Pues todos los números situados dentro de diez o generan a otros, o son generados por otros. Este ni genera, ni es generado. Pues seis y ocho son generados solamente. Cuatro y dos, sin embargo, crean y son creados. Siete no genera nada, ni es generado por otro.

35. Este número septenario, sin embargo, es legítimo; ya sea cuando testifica, como setenta y setecientos, ya sea cuando tantas veces en sí mismo siete veces cien siete; que también según los sabios del mundo se considera perfecto por esa razón, porque consta del primer par y del primer impar. El primer impar, sin embargo, es el ternario, el primer par el cuaternario, de los cuales el mismo septenario se completa; que también multiplicado por estas partes da el duodenario. Pues ya sea tres veces cuatro, ya sea cuatro veces tres hacen doce. Pero por tres se ilustra el misterio de la Trinidad, por cuatro la acción de las virtudes; y por esto en estas partes, como por la especie de la Trinidad, se perfecciona la acción de las virtudes, y por la representación de las virtudes se llega al conocimiento de la Trinidad. Nuevamente, sin embargo, cuando se eleva al duodenario, y el Espíritu de gracia septiforme muestra perfectos a los doce apóstoles, cuya predicación por los cuatro géneros de virtudes la fe de la Trinidad crece en todo el orbe.

36. En las Sagradas Escrituras, sin embargo, este número a veces significa todo el tiempo de este siglo, a veces significa el descanso, a veces demuestra la unidad de la Iglesia. Se pone por el universo, como es aquello: Siete veces al día dije alabanza a ti (Salmo CXVIII, 164), es decir, en todo tiempo. Pues el mismo profeta significa esto en otro lugar por todo el tiempo, cuando dice: Siempre su alabanza en mi boca (Salmo XXXIII, 1). De aquí se lee en otro lugar: Recibirá el séptuplo en este siglo. También el descanso eterno se significa por el número septenario, cuando el séptimo día se llama santificado en el descanso del Señor, en el cual ya se hace la tarde, porque el descanso de la bienaventuranza eterna no se limitará por ningún fin de tiempos.

37. De ahí también en la ley se ordena que el séptimo día sea feriado, para que en él se signifique el descanso eterno. De ahí es que después de su resurrección el Señor se describe como habiendo convivido con siete discípulos. Por lo tanto, en el tercer género el número septenario figura la universalidad de la santa Iglesia, cuando se pasa de la especie al género.

38. De donde también Juan en el Apocalipsis escribe a siete Iglesias, cuando son siete solamente las que se nombran especialmente, pero una Iglesia, que se difunde perfectamente en todo el mundo por la gracia septiforme del Espíritu; pues está escrito: Una es mi paloma, una es mi perfecta (Cantar de los Cantares VI, 8); por estas tantas significaciones este número es más eminente en las Escrituras que los demás, como aquel que el Señor santificó en su descanso, y en el cual prometió el descanso de la futura resurrección.

230

39. Por lo tanto, convenientemente se significa el Espíritu Santo por el número septenario; de donde también la santificación en la ley pertenece al séptimo día. Pues Dios no santificó ningún día de su obra, sino que santificó solamente el séptimo, en el cual descansó de sus obras. Con razón, pues, lleva la imagen del Espíritu septiforme, que por la plenitud de la divinidad habita en Cristo, testificando el profeta Isaías: Y reposará, dice, el Espíritu del Señor, Espíritu de sabiduría e inteligencia, Espíritu de consejo y fortaleza, Espíritu de ciencia y piedad, y lo llenará el Espíritu de temor del Señor (Isaías XI, 2).

40. De donde también Zacarías bajo la imagen de Cristo escribe una piedra que tiene siete ojos. Por lo tanto, hay abundantes ejemplos de este número en los volúmenes divinos. Pues el séptimo desde Adán es trasladado Enoc. Y el séptimo se cuenta Lamec, que paga siete venganzas a Caín. El séptimo día de la entrada de Noé fue el diluvio, y el séptimo mes el arca, reposando, descansó. También entraron en el arca siete animales; y se ordena celebrar la pascua durante siete días en la antigua ley. Moisés, legislador, estableció el candelabro de siete brazos en el tabernáculo del testimonio.

41. El Arca del Testamento, al ser llevada siete veces alrededor de Jericó con el sonido de trompetas, derribó sus muros. Eliseo, por su parte, resucitó al niño muerto tras acostarse sobre él siete veces. También en Isaías, siete mujeres tomaron a un solo hombre; y entre los saduceos, siete hermanos se casan con una mujer, sucediéndose uno tras otro. En el Evangelio, se reparten siete panes entre la multitud, y sobraron siete cestas.

42. El apóstol Pablo también escribe a siete Iglesias, es decir, a los Romanos, Corintios, Gálatas, Efesios, Filipenses, Colosenses y Tesalonicenses. Y Juan en el Apocalipsis vio a Cristo de pie en medio de siete candelabros, es decir, las Iglesias de Éfeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardes, Filadelfia y Laodicea.

43. Asimismo, en el mismo libro se leen siete estrellas en la mano derecha de Dios, y el Cordero inmolado abre los siete sellos del libro, y siete ángeles tocan las trompetas, y reciben el poder de las siete plagas. La Jerusalén celestial está fundada sobre un muro de siete capas, y siete diáconos son elegidos por los apóstoles. Este número, multiplicado por siete, con la adición de la unidad del misterio de la Trinidad, produce cincuenta, en cuyo día, después de la Ascensión del Señor, el Espíritu Santo prometido por el Padre descendió sobre los creyentes. Asimismo, a lo largo de los años, multiplicado por siete y con la adición de una unidad, se llega a cincuenta, mostrando el jubileo de descanso perpetuo; aunque también hay algo contrario en él, como leemos de la bestia que tiene siete cabezas. También hay siete vicios principales de los demonios. Hay innumerables ejemplos de este número en las Sagradas Escrituras.

44. Pero pasemos nuevamente a otros que asignan el número. Entre los antiguos se enumeran siete tipos de filosofía: la primera es la aritmética, la segunda la geometría, la tercera la

música, la cuarta la astronomía, la quinta la astrología, la sexta la mecánica, y la séptima la medicina. Este mismo número siete también abarca la forma de la luna; pues la luna tiene tantas fases: la primera es bicornes, la segunda es creciente, llamada media luna, la tercera es media, la cuarta es llena, la quinta, es decir, media de la mayor, la sexta es menguante, y la séptima apenas, como la primera, bicornes. Pues las tres formas mencionadas se repiten definiendo la misma figura. Este número también significa los nombres de la luna. Pues uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis y siete hacen veintiocho.

45. Asimismo, hay tantos círculos, tantos planetas en el cielo, tantos días en el mundo, y tantas transiciones de los elementos. Pues del fuego surge el aire, del aire el agua, del agua la tierra, es decir, ascensión, de la tierra el agua, del agua el aire, y del aire el fuego. Además, la séptima semana completa al hombre perfecto. También el séptimo día los enfermos se encuentran en peligro. Las letras vocales griegas también se consideran siete.

46. El mismo hombre tiene siete orificios en la cabeza preparados para los sentidos: dos ojos, dos oídos, dos fosas nasales y una boca. A los niños también les salen los dientes en el séptimo mes, y se cambian en el séptimo año. Asimismo, en la segunda semana, es decir, en el decimocuarto año, el niño alcanza la pubertad y adquiere la capacidad de engendrar. En la tercera, aparece el vello facial y el florecimiento de las mejillas. En la cuarta, se define el crecimiento de la estatura; en la quinta, se alcanza la plena perfección de la juventud; en la sexta, comienza el declive, y en la séptima, el inicio de la vejez.

47. Asimismo, hay siete naturalezas ocultas en los miembros de los mortales, es decir, la lengua, el corazón, los pulmones, el bazo, el hígado y los dos riñones. También siete partes del cuerpo completan al hombre, es decir, la cabeza, el cuello, el pecho, el vientre, dos manos, dos pies, y en la cima el eje celestial.

CAPÍTULO IX. Del número ocho.

48. El número ocho es el primero y perfecto; pues del primer movimiento, es decir, de dos por dos, genera cuatro, y dos veces hace el perfecto octavo. Este número es sagrado y está inscrito en la figura de la verdadera circuncisión. Además, es el primero del número siete, y proviene del siete, como al principio, que fue el octavo en la creación del mundo, y es la perfección de la unidad.

49. Pero así como en el número siete se desarrolla y se designa la vida presente, así en el número ocho se muestra la esperanza de la resurrección eterna. Pues en este día el Señor resucitó de entre los muertos, que se cuenta como el tercero desde la pasión del Señor; en el orden de la creación del mundo, como se ha dicho, después del séptimo se encuentra el octavo para demostrar la bienaventuranza de la futura resurrección; lo cual no sin razón la Escritura dice así: Da parte a siete, y también a ocho, porque no sabes qué mal vendrá sobre la tierra; como si dijera: Dispón con cuidado lo temporal, para que te esfuerces en pensar en lo eterno: es necesario que, actuando bien, preveas, porque de los males futuros del juicio, qué te puede sobrevenir de nuevo, estás incierto (Ecles. XI, 2). Este número conviene tanto al Señor como a su cuerpo, como uno y siete.

50. De ahí que ocho almas entraron con Noé en el arca. Pero en esos siete se designa la Iglesia septiforme, y en el octavo Noé se figura a Cristo, que es la cabeza de la Iglesia. A esto también pertenece lo que se lee en Miqueas, siete pastores, y el octavo, ciertamente Cristo con su cuerpo septiforme. En el Evangelio también se lee de este número, que después de ocho días, ante tres de sus discípulos, el rostro del Señor resplandeció en el monte.

51. El mismo Salvador, después de ocho días de la resurrección, se manifestó a Tomás, que no creía. Este número, triplicado en sí mismo por la Trinidad, produce los veinticuatro ancianos que llevan sus coronas ante el Cordero. Pero, por otro lado, el octavo se escribe en el Apocalipsis como el diablo, que entre los siete reyes de los romanos fue visto por Juan, como muerto, ciertamente octavo, pero en traición. Además, se describen ocho vicios principales, de los cuales surge la multitud de todos los vicios, es decir, envidia, ira, tristeza, avaricia, gula, lujuria, vanagloria, soberbia.

CAPÍTULO X. Del número nueve.

52. El número nueve es perfecto en sí mismo, y se dice más perfecto porque se completa multiplicado por tres perfectos. Pero según otros es imperfecto; pues aunque alcanza el fin del primer verso, siempre carece de uno, que si se añade a nueve, completa la regla cierta de perfección e integridad, en cuyo número nueve se incluyen aquellos que son imperfectos y no llegan a los diez mandamientos de la ley.

53. De este número son aquellos nueve leprosos en el Evangelio, que, separados de la comunión de la unidad, no dieron gracias a su sanador por orgullo. Del mismo número se toman también aquellos noventa y nueve, que no necesitan penitencia, mientras se justifican vanamente a sí mismos; aunque en ellos algunos entienden figuras celestiales. Además, los hebreos dicen que hay nueve libros proféticos, y los gentiles imaginaron nueve musas, con las que consiste la ciencia perfecta de las modulaciones.

CAPÍTULO XI. Del número diez.

54. El número diez debe considerarse por encima de todos, porque contiene dentro de sí todos los números de diversa virtud y perfección; que aunque es el fin del primer verso, completa el comienzo de la segunda mónada, y cumple la fórmula de la unidad; en el cual se hace un término de tal complejidad, que el número no procede más allá, sino que vuelve de nuevo a la unidad, y así se considera de ahí en adelante por la infinita multitud de números.

55. En las Sagradas Escrituras es legítimo, como el séptimo, a veces significando perfección, a veces demostrando claramente todo, como Daniel, que abarcó toda la Iglesia, o la multitud infinita de ángeles con el número diez, diciendo: Mil millares le servían (Dan., VII, 10). De donde también el salmo: Los carros de Dios son diez mil veces milares de regocijantes (Sal. LXXII, 18).

56. Este número se atribuye a la ley del Decálogo. Diez son los mandamientos más conocidos de la ley. La descendencia de Adán hasta Noé se termina en el número diez; en la figura de este número, el profeta David cantó en el Salterio de diez cuerdas, en cuyo tipo el rey Salomón colocó diez candelabros en la casa de Dios a la derecha y a la izquierda.

57. En Zacarías, diez hombres, bajo la figura de todas las naciones, toman el borde de Cristo. También son diez en el Evangelio las vírgenes, que se entienden en los sentidos de la carne y del espíritu, duplicando el número cinco. Diez leprosos son limpiados por el Señor, nueve de ellos separados de la unidad. Además, son diez las ciudades que, si las gobiernas bien, recibirás en el futuro los sentidos del corazón y del cuerpo en número duplicado.

58. Pero, por otro lado, en Éxodo, Egipto fue golpeado con diez plagas, y en el Apocalipsis, diez cuernos salen del mar, y se escriben diez días de tribulaciones de la Iglesia, en los que se muestra el estado de esta vida y el tiempo. En Salomón, el niño se coagula en sangre durante

diez meses. Hay seiscientos otros ejemplos. Pero basta con haber hablado hasta aquí del número diez.

59. Esta es la regla del primer verso de los números, estos son los sacramentos, géneros y especies de la diferencia de perfección. Recapitulando todos los números del primer verso, tratémoslos bajo esta verdad. Un número no es, sino que es el origen de todos los números. El binario es la primera parte, el ternario es el primero en orden y virtud. El cuaternario consta de dos pares. El quinario es su propio genio. El senario es perfecto en la obra del mundo, y es par de impares. El septenario es legítimo, y a veces se toma por todo.

60. El octonario es par de pares. El novenario es impar de impares perfectos. El denario es perfecto y final. Los términos o límites de los números son: uno, diez, cien y mil. Hasta aquí se ha discutido según la regla del primer verso. Ahora tratemos del segundo.

CAPÍTULO XII. Del número once.

61. El número once es la primera mónada del segundo verso, que no tiene más que sus impares, sino solo el undécimo, que es, como el quinario, solo el quinto, y el ternario, solo el tercero. En las Escrituras, el número once significa la transgresión del mandamiento o la disminución de la santidad. De ahí que el undécimo salmo comience así, diciendo: Sálvame, Señor, porque ha desaparecido el santo. Pues así como por el número diez se escribe la perfección de la bienaventuranza, así por el número once la transgresión de la ley.

62. De aquí que la descendencia de Adán por Caín hasta el diluvio se termine en el número once, para significar el pecado que se comete por la soberbia de la transgresión. Pues también se ordena que se hagan once cortinas de cilicio para cubrir el tabernáculo, para que tanto por el número se signifique el pecado, como por el cilicio las punzadas y lamentos de los pecados. En Daniel también se enseña que el undécimo cuerno de la bestia es para demostrar a aquel autor de la transgresión, el diablo, y a su hijo el Anticristo, cuyo reino se exalta en el poder del pecado.

63. Pues también Pedro, al caer Judas, para que la suma de los apóstoles no permaneciera en el número once, eligió a Matías como el duodécimo por sorteo, temiendo que la suma de la verdad apostólica consistiera en el número de la transgresión, aunque este número también se encuentra inscrito en la razón de los tiempos. Pues se lee que el mundo fue hecho el undécimo día antes de las calendas de abril. También se dice que hay once días de epactas, que se añaden cada año al curso de la luna.

CAPÍTULO XIII. Del número doce.

64. El número doce es un número legítimo entre otros números legítimos. Por eso, las partes del siete se multiplican una por otra. Pues cuatro veces tres, o tres veces cuatro, hacen el mismo número, pero este número, multiplicado por sus partes, no solo se completa, sino que se excede. Pues produce un número mayor que sí mismo; pues sus partes llegan hasta dieciséis. Tiene estas cinco: la duodécima, que es uno, la sexta, que es dos, la cuarta, que es tres, la tercera, que es cuatro, la mitad, que es seis.

65. Así que uno, dos, tres, cuatro y seis, sumados, son dieciséis. Por esta razón, se considera más que perfecto. Este número doce, como hemos dicho, es legítimo en las Escrituras, ya sea cuando se toma por todo, o cuando se multiplica en sí mismo: se toma por todo, como los doce tronos y las doce tribus, cuando por los doce tronos se significan todos los jueces, y por las doce tribus todas las naciones.

66. Pero por sí mismo, como doce por doce hacen ciento cuarenta y cuatro, número con el que se designa toda la Iglesia. Este número es más frecuente en las Escrituras y se considera más notable entre todos los números debido a la suma de los patriarcas y apóstoles.

67. El número doce es el de los apóstoles, y también el de los patriarcas; pues hay también tantos profetas menores. También las doce piedras que los sacerdotes llevaban en el pecho. Además, en la ley se leen doce fuentes apostólicas, junto a las cuales crecieron setenta palmas; pues se llaman doce tribus de Israel. También se envían doce exploradores a la tierra santa, a quienes se les lleva un racimo en un palo bajo el símbolo de Cristo.

68. Finalmente, y por testimonio de la eternidad, se sacan doce piedras del río Jordán, que se colocan en el lugar donde Israel fue circuncidado por segunda vez. Elías construyó un altar con doce piedras, y en Mateo sobraron doce cestas de fragmentos en el desierto. También en el Apocalipsis se sellan doce mil de cada una de las tribus de los patriarcas en las frentes. Sobre la cabeza del Cordero resplandece una corona de doce estrellas, y los cimientos de Jerusalén están hechos de doce piedras preciosas, y la misma ciudad tiene doce estadios en cada dirección, y se tiene acceso a las doce puertas de la ciudad.

69. Este número doce, multiplicado por seis, hace setenta y dos discípulos, que fueron enviados a predicar por todo el mundo dividido en setenta y dos lenguas. También multiplicado en sí mismo hace ciento cuarenta y cuatro, que es la medida de los muros de Jerusalén.

70. El mismo número, multiplicado, hace ciento cuarenta y cuatro mil sellados, es decir, la universalidad de los santos. Además, este número conviene tanto en los tiempos como en las partes del mundo. Pues el sol visible completa el año en doce meses: también doce vientos recorren el mundo. También hay doce horas en el día, y tantas horas en la noche.

CAPÍTULO XIV. Del número trece.

71. El número trece, debido a tres y diez, designa la ley y al legislador, el Decálogo, es decir, y la Trinidad. Este número se atribuye adecuadamente al apóstol Pablo, que ocupa el lugar de este número en el orden de los apóstoles.

72. Pues el mismo, antes doctor de la ley, después se convirtió en predicador evangélico de la divina Trinidad entre los gentiles, como teniendo diez y tres. De donde también Benjamín, de cuya estirpe Pablo es descendiente, se cuenta en la tribu decimotercera, con Efraín y Manasés contados por José en el orden de los patriarcas.

CAPÍTULO XV. Del número catorce.

73. El número catorce, porque consta de dos sietes, nos insinúa el gemido, ya sea este temporal, que los antiguos usaban figurativamente en el ocio, o aquel eterno, en el que todos los santos esperan el descanso de sus labores. Se encuentra también según el Evangelio en las generaciones de los tiempos. Pues desde Abraham hasta David se cuentan catorce generaciones. También desde David hasta la deportación se encuentran tantas generaciones; y nuevamente hasta Cristo se cuentan catorce generaciones.

74. En la ley también se ordena celebrar la Pascua el día catorce del primer mes con la carne del cordero sin mancha. En Ezequiel, además, se extiende el altar celestial con catorce codos

(Ezequ. XLIII, 17). Además, Jacob sirvió a Labán catorce años. Fueron catorce años de abundancia [quizás, de esterilidad y abundancia] en Egipto bajo José.

75. El apóstol Pablo también, después de catorce años, subió a Jerusalén para evangelizar, llevando consigo a Bernabé y Tito. El mismo concluyó el discurso de su predicación en catorce Epístolas. Además, Job, por sus méritos de tolerancia, recibió al final catorce mil ovejas. También el niño pasa a la adolescencia después del año catorce, y adquiere la virtud de engendrar en el año catorce.

CAPÍTULO XVI. Del número quince.

76. El número quince, según la suave decisión de las razones, porque consta de tres partes, es imperfecto. Pues tiene solo la primera, la tercera y la quinta. Pero su primera es uno, su quinta es tres, su tercera es cinco, que hacen nueve. Este número, sin embargo, mística y divididamente en dos partes, significa tanto el tiempo presente como el eterno.

77. Pues consta de siete y ocho, que hacen quince, pero sus siete pertenecen al curso de los tiempos, que se lleva a cabo en dos sietes, y sus ocho a la fe de la razón, donde se gozará en la paz eterna. Pues el octavo día, que es el primero después del sábado, el Señor resucitó, cuyo misterio de figura manifiesta la eternidad de la futura resurrección. Si bien sus siete insinúan el culto del sábado del Antiguo Testamento. Sus ocho demuestran la resurrección dominical del Nuevo Testamento.

78. Por tanto, este número significa correctamente la sociedad de los Testamentos. De ahí que el apóstol Pablo testifique que estuvo quince días en Jerusalén con Pedro, para comparar con él ambos Testamentos, tanto el séptimo por el tiempo de la vida presente, como el octavo por la eterna bienaventuranza de la futura resurrección, para observar cómo temperar lo temporal y ansiosamente desear lo eterno.

79. Este número quince se atribuye mística al templo del Señor. Había quince escalones alrededor del templo, en los que los sacerdotes y levitas se situaban según el orden de sus méritos, a cuyo ejemplo el profeta cantó quince cánticos de los grados, por los cuales se asciende gradualmente desde lo terrenal hasta el templo de Jerusalén celestial. Aunque si este número se computa por el diez, demuestra los ciento cincuenta salmos que cantó el Profeta.

80. Ciertamente, si se eleva gradualmente desde uno hasta sí mismo por incrementos, designa a los ciento veinte fieles sobre los cuales descendió el Espíritu Santo, que también recibieron la gracia del espíritu septiforme por el número siete, y predicaron al mundo la gloria de la esperanza eterna por el número ocho.

81. También hay muchos ejemplos de este número en las Escrituras. Pues el día quince comienzan las solemnidades del Señor, y el día quince del mes es la festividad de los Tabernáculos, en la cual los hijos de Israel comieron ázimos por primera vez en el desierto y levantaron tiendas. También Ezequías, al morir, recibió quince años de prórroga de vida. La altura del diluvio, al crecer, alcanzó las cumbres de las montañas con tantos codos. El incremento de la luna se mantiene en el día quince; en el año quince se termina la indicción solar.

CAPÍTULO XVII. Del número dieciséis.

82. El denario senario se compone de dos números perfectos, que sin embargo se contienen en estas partes. Tiene la dieciseisava parte, que es uno; la octava, que es dos; la cuarta, que es cuatro; la mitad, que es ocho; que hacen dieciséis.

83. Sin embargo, se cree que este número fue asignado a los profetas por misterio. Se prueba que sus libros son dieciséis, es decir, Isaías, Jeremías, Ezequiel, Daniel, Oseas, Joel, Amós, Abdías, Jonás, Miqueas, Nahúm, Habacuc, Malaquías, Sofonías, Ageo y Zacarías, cuya figura llevaban aquellas dieciséis bases de plata, sobre las cuales se erguían las tablas doradas hacia el lado occidental.

84. Entendemos las bases como los profetas, sobre cuyo resplandeciente fundamento de profecía se sostiene la amplísima doctrina de los apóstoles.

CAPÍTULO XVIII. Del número dieciocho.

85. El dieciocho se completa desde el seis por el diez [Quizás, por el tres], que son las seis edades del mundo, cuya serie senaria se distribuye en tres partes por razón de los tiempos, es decir, antes de la ley, bajo la ley, bajo la gracia, en la cual se muestra el sacramento de la fe, que recibimos para la salvación de las almas. El misterio de este número lo expresó aquella mujer evangélica, que llevando el tipo de la Iglesia, fue erguida y sanada por el Señor después de dieciocho años.

86. Pues nuestro Redentor descendió en la sexta edad para nuestra salvación, a cuya forma del número seis se añade esa razón, tres veces seis hacen dieciocho, y completan el sacramento típico de la misma mujer.

CAPÍTULO XIX. Del número diecinueve.

87. El número diecinueve toca más claramente la razón del ciclo lunar; de hecho, en su curso se repiten sin ninguna ambigüedad las lunas pascales del decimocuarto día en la revolución de todos los años, siempre recurriendo en sí mismo el curso del mismo ciclo de diecinueve, que cuando se completa hasta el final de su circuito, se revuelve de nuevo en las mismas líneas con las que comenzó desde el principio.

CAPÍTULO XX. Del número veinte.

88. El número veinte, que hace el fin del segundo verso, se considera más que perfecto en sus partes. Este, sin embargo, consistente en un doble decálogo, designa el conocimiento gemelo de la ley, como abierto y oculto, simple y místico. Pertenece al sacramento del tabernáculo del Señor.

89. Pues allí, hacia el sur y el norte, estaban de pie sobre bases de plata veinte tablas; y en el templo que Salomón edificó, las alas de los dos querubines se extendían en una medida de veinte codos. También se da este número a Israel y a Leví; pues se eligen para las batallas a los de veinte años, y se les manda servir en el tabernáculo a los de veinte años.

CAPÍTULO XXI. Del número veinticuatro.

90. La suma de veinticuatro contiene en sí misma muchos sacramentos de las Escrituras; de ahí que este número se recomiende como sagrado. Pues son veinticuatro los libros de la ley y los profetas. También son veinticuatro los padres. Doce apóstoles, y otros tantos patriarcas.

También hubo veinticuatro clases de sacerdotes desde el inicio de la ley en el pueblo de los judíos, que sacrificaban víctimas en el templo por turnos.

91. Cada clase tenía un sumo sacerdote, por cuyos nombres se nombraban las clases. También en Juan hay veinticuatro tronos, y veinticuatro ancianos con cítaras y copas, adorando al Cordero, y los cuatro seres vivientes tenían veinticuatro alas. El mismo número de veinticuatro ancianos, si comenzando desde uno se va sumando hasta llegar al vigésimo cuarto, se hacen trescientos, por los cuales se significa la longitud del arca, es decir, la fe de la Iglesia, en la cual se contiene la infinita multitud de todos los santos.

92. Además, la suma del número veinticuatro se completa con dos docenas, por las cuales se significa la Iglesia reunida tanto de la circuncisión como de los gentiles. Así que si el número ocho se computa triplemente, en el cual está la figura de la verdadera y santa circuncisión, hace el número veinticuatro, en el cual se nos enseña figurativamente que debemos creer en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo mediante la amputación de los vicios.

93. El mismo número también muestra a los setenta y dos discípulos, que el Señor envió de dos en dos delante de su rostro, multiplicado por el número tres. Pues tres veces veinticuatro hacen setenta y dos. Porque si se cuenta seis veces el cuarto número, y se prefiere a los cuatro elementos del mundo, en los cuales todo subsiste, y que están en las obras de este mundo, en el cual subsisten los mismos elementos.

CAPÍTULO XXII. Del número treinta.

94. El número treinta se completa con el denario puesto de tres maneras. Pues tiene el denario tres veces por el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, y por los diez mandamientos de la ley, que nos fueron concedidos por el don de la misma Trinidad para la conservación de la vida. De ahí que la altura del arca se eleve a treinta codos, porque la Iglesia se perfecciona por el mandato del Decálogo en la fe de la Trinidad, cuyos ejemplos se encuentran en las Escrituras.

95. Pues en Zacarías el Señor recibió treinta piezas de plata como precio de su muerte, y en el Evangelio Judas vendió a Cristo por el mismo número de piezas de plata. El mismo Señor y Salvador nuestro también descendió al Jordán a esa edad, y predicó el Evangelio al mundo. De hecho, el fruto trigésimo de los casados se da por el conflicto de la carne, para que no sean superados por la lujuria.

96. También los meses consisten en treinta días; las horas se completan en el mismo número de momentos, y en la repetición de todas las cosas y personas, la objeción de los años treintañales pone fin.

CAPÍTULO XXIII. Del número cuarenta.

97. El número cuarenta indica la plenitud de los tiempos, como si con él se consumaran los siglos, cuyo tipo de número se muestra en la ley, los profetas y los Evangelios; pues Moisés, Elías y el Señor ayunaron durante cuarenta días, dándonos la significación de que mientras estemos en este siglo, nos abstengamos de todas las seducciones de los vicios carnales, permaneciendo bajo la conservación de los mandamientos del Decálogo, que se difunden por la fe en las cuatro partes del mundo, para que multiplicado diez veces cuatro se completen cuarenta días.

98. Esto significaron los cuarenta días del diluvio, las tormentas y tempestades de este siglo, que sufre la Iglesia. También los cuarenta años en el desierto, por los cuales se significa que

tenemos un curso laborioso en el siglo, mientras nos dirigimos al reino prometido de la patria celestial. Pues aquello de que el Señor fue tentado en el desierto durante cuarenta días, declara que mientras estemos en este cuerpo, llevamos tentaciones. Porque la vida humana sobre la tierra es una tentación, como dice Job (Job VII, 1).

99. De ahí que Ezequiel pronunció los pecados de Judea durante cuarenta días, porque solo en este mundo es lícito obtener el fruto de la remisión mediante la penitencia. En el futuro, sin embargo, la confesión no aporta nada, sino que solo habrá retribución para los santos y piadosos.

CAPÍTULO XXIV. Del número cuarenta y seis.

100. La razón de los números cuarenta y seis se construye en el Evangelio para el templo; que se refiere a la estructura del cuerpo del Señor, por la cual se hizo mención del templo; en cuya figura decía que lo levantaría en tres días después de ser destruido por los judíos. Pues el mismo número seis multiplicado muestra la concepción y el parto de la Virgen. Le dijeron: "Cuarenta y seis años se ha edificado este templo" (Juan II, 20).

101. Cuarenta y seis veces seis hacen doscientos setenta y seis, número que completa los días de ocho meses [Quizás, nueve meses], y seis días, en los cuales se encuentra el tiempo perfecto de parto de las mujeres, no porque el parto se complete en el término de este número, sino porque en la concepción del cuerpo del Señor hasta el parto se encuentra el mismo número. Pues se predica que fue concebido el octavo día antes de las calendas de abril, y se prueba que nació el octavo día antes de las calendas de enero.

102. Desde aquel día hasta este se encuentran doscientos setenta y seis días, que computados por el número seis se completan cuarenta y seis veces. Con este número se declara tanto la edificación del templo como la perfección del cuerpo, de lo cual dijo especialmente: "Y en tres días lo levantaré" (Juan II, 20). Esto lo decía del templo de su cuerpo, que, vencida la pasión de la muerte, se levantaría después de tres días. Así como por el número cuarenta se significa el trabajo o el término de este tiempo, así por el número cincuenta se significa aquella eterna bienaventuranza.

103. Pues el denario añadido al cuarenta se paga como recompensa a los fieles que trabajan en este siglo, que recibieron los primeros y los últimos que trabajaron en la viña, y así el número cincuenta en aquel descanso y alegría eterna. De ahí que en la ley se celebraba el descanso en el año cincuenta del jubileo, para significar que después del trabajo de este mundo se llega al descanso del siglo futuro.

CAPÍTULO XXV. Del número cincuenta.

104. Este número está consagrado en las santas Escrituras por el Espíritu Santo. Pues en el quincuagésimo día de la salida de Israel de Egipto se dieron las tablas de la ley en la cima del monte Sinaí, y después de la pasión de Cristo, en el quincuagésimo día descendió el Espíritu Santo sobre ciento veinte fieles; por eso también el salmo cincuenta es de indulgencia y remisión.

105. De ahí que en el Evangelio también se perdonan cincuenta denarios a los deudores. Pues en el diluvio la altura del arca se extendió cincuenta codos, lo que designaba la gracia del Espíritu Santo extendida en el mundo, como dice el Apóstol: "La gracia de Dios se ha derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado" (Rom. V, 5).

CAPÍTULO XXVI. Del número sesenta.

106. El número sesenta, cuya suma se completa desde el perfecto seis por el diez, significa a todos los santos, que por la observancia de los diez mandamientos reciben la perfección de la santidad. Esto lo dice Salomón de Cristo en el Cantar de los Cantares: "Sesenta son las reinas" (Cant. VI, 7), es decir, las almas de los santos, unidas por el vínculo de la fe en el amor de Cristo, que mientras se unen al Salvador por la obediencia, se computan como en el número sesenta.

107. Estos son a quienes también se les permite el fruto sesenta en el Evangelio, que perfeccionados en los mandamientos divinos llevan la lucha contra la concupiscencia de la carne; pero por eso reciben el fruto sesenta, porque hasta esta edad la lucha de las pasiones exalta [Quizás, exulta]. Mientras haya lucha, habrá corona. De ahí que también los soldados en campaña se retiran de los combates bélicos después de los sesenta años, y envejecen en el ocio.

CAPÍTULO XXVII. Razón del santo Pentecostés.

108. El número cuarenta también engendra el cincuenta por sus partes añadidas, por las cuales se hacen cincuenta así; una vez cuarenta. Dos veces veinte cuarenta. Cuatro veces diez cuarenta. Cinco veces ocho cuarenta. Ocho veces cinco cuarenta. Diez veces cuatro cuarenta. Veinte veces dos cuarenta, y añadiendo diez, se hacen cincuenta.

109. Por estos números se significa en el número cuarenta la vida presente, y en el cincuenta la futura, que el número cincuenta triplicado hace aquel número de los perfectos, que están predestinados a la vida eterna. Pues multiplicado tres veces hace ciento cincuenta, añadiendo también tres. Ellos muestran aquella sentencia del Evangelio, en la cual se sacaron a la orilla ciento cincuenta y tres peces, que eran grandes en peso, es decir, ilustres en actos y vida. El número diecisiete comienza desde uno, y llega hasta diez y siete, y hace los mismos ciento cincuenta y tres. Los tres que se añaden, ellos antes de la ley, bajo la ley y bajo la gracia.

110. Por eso en el salmo diecisiete se dice así: "Cuando lo libre de la mano de todos sus enemigos, y de la mano de Saúl", para mostrar que ya estaba libre de todas las tentaciones de la vida presente, y en aquel número de los santos, es decir, en aquellos ciento cincuenta y tres peces que fueron separados en la orilla, es decir, que habiendo terminado esta vida, estaban libres de todas las tentaciones de este mundo, que es como un mar, y ya son bienaventurados en aquella eternidad.

111. Pero el número que se dice computar desde uno hasta diecisiete multiplicado, hace ciento cincuenta y tres, es decir, añade uno a dos, y hace tres. Añade tres, y hace seis; añade cuatro, y hace diez; añade cinco, y hace quince; añade seis, y hace veintiuno. Añade siete, y hace veintiocho; añade ocho, y hace treinta y seis; añade nueve, y hace cuarenta y cinco; añade diez, y hace cincuenta y cinco; añade once, y hace sesenta y seis; añade doce, y hace setenta y ocho; añade trece, y hace noventa y uno. Añade catorce, y hace ciento cinco; añade quince, y hace ciento veinte; añade dieciséis, y hace ciento treinta y seis; añade diecisiete, y hace ciento cincuenta y tres.